

Este carruaje da con toda regularidad, en un viaje diario, la vuelta á la mitad de la isla. Las lluvias que habian reinado pocos dias antes, engrosando las corrientes del rio de los Marsuinos, que riega á San Benito, se habian llevado el puente. Los rios de Borbon, para ser de tan poco curso, juegan con harta

frecuencia esas partidas á la administracion colonial de puentes y calzadas; y dificilmente podria citarse en la isla una corriente de agua que no se lleve un puente al mar, dos ó tres veces al mes. Hay tambien algunas de tan caprichosas costumbres, que no ha sido posible echarlas puente; tales son el rio de las



Obras del puerto de san Pedro.

Lluvias cerca de San Dionisio, y el de San Estévan, cerca de San Luis.

Desde San Benito á Santa Rosa fuí perdiendo de vista poco á poco los campos de caña, y atravesando sitios mas agrestes. En el rio del Este encontramos lo mismo que en el de los Marsuinos: el hermoso puente colgante habia sido arrastrado hácia el mar, por efecto de la tempestad de los dias precedentes.

Apenas habia atravesado el rio por el puente provisional que se acababa de colocar, para restablecer lo mejor posible la comunicacion entre ambas riberas, entré en el territorio de Santa Rosa, que ofrece un aspecto muy desemejante con el de los otros cuarteles que acababa de visitar. Aquí se desenvuelve enteramente la naturaleza volcánica de la isla, y el

*Quemado* de Santa Rosa no es otra cosa que el torrente de un cráter antiguo. Las escorias se muestran claramente, trazando en la superficie del suelo sus contornos sinuosos. Apenas se descubre un vestigio de vegetacion: algunos helechos éticos, y algunas frambuesas silvestres, son las únicas plantas que pueden crecer en aquel terreno vomitado por el fuego.

Desde Santa Rosa al Bosque-Blanco cambia un poco el espectáculo, encontrándose á trechos algunas piezas plantadas de caña ó de maiz, y algunas habitaciones donde se cultivan *plátanos*. En los bosquecillos que se hallan á la orilla del camino, se distingue entre los demás árboles el *vangasayero*, cuyo fruto colorado, pendiente en olorosos racimos, recuerda las mandarinas de Malta.

Cuando acabamos de atravesar aquellos bosquecillos perfumados, entramos en el *Gran Quemado*, y en lo que llaman el *Cercado*. En este sitio se desarro-

lló ante nuestros ojos en grande escala, el cuadro que habiamos vislumbrado un instante en el *Quemado* de Santa Rosa, y en la estension de 10 kilómetros dis-



Jardin de una casa en la ciudad de San Pedro.

currimos por un camino abierto al través de las escorias del volcan. A la izquierda está el mar, donde van á parar las corrientes de lava, cuando el cráter está en erupcion, produciendo el efecto mas pintoresco y majestuoso: el fuego que viene á confundirse con el agua. El mar, en el movimiento de retroceso de sus olas, parece retirarse ante la masa candente que avanza hácia él; pero en seguida vuelve hácia la playa y

dejando en ella las escorias hirvientes, aun despide una columna de espeso vapor, que toma un color rojo brillante, á la alta temperatura de la lava.

El volcan de la Reunion no está siempre en erupcion. Esta se efectua regularmente una vez al año, y algunas veces se tarda mas. Atravesando el *Gran Quemado*, se cortan las diferentes vetas de lava, y en su aspecto y en la vegetacion que las cubre, puede

determinarse la antigüedad de cada una. Las vetas mas recientes son negruzcas, relucientes y apenas parecen solidificadas; presentan formas tormentosas, y en algunos puntos se han levantado en cúpula, acumulando tortuosos repliegues. Las que mas inmediatamente las han precedido, están cubiertas de eflorescencias blanquecinas y de algunos musgos ó líquenes. Las vetas anteriores que poco á poco se han ido aplastando, empiezan á dejar paso por entre sus numerosos intersticios á los heleichos y algunas frambuesas silvestres, de penosa vegetacion. En fin, en las vetas mas antiguas, ya casi niveladas con el suelo, han logrado echar raices la palmera y otros árboles mayores.

El cráter inflamado no siempre vomita lava, y muchas veces consiste su erupcion en una lluvia de cenizas que dispersa el viento; otras, en una materia ligera, vidriosa y en forma de filamentos, á la que han dado los criollos el nombre pintoresco de *cabellos del volcan*. Las cenizas son arrojadas á gran distancia, y una especie de trueno sordo y continuado, anuncia su aparicion. Los *cabellos* se detienen cerca de la boca del cráter, y muchas veces corren mezclados con las escorias.

El Cercado, que encierra el Gran-Quemado constituido por todas las vetas de lava, termina en su parte superior por el cráter, hoy en actividad, al cual se le llama la *Olla* ó el *Picacho de la hornaza*.

Los límites del Cercado, tanto alrededor del volcan, como bajando hácia el mar, son como verdaderas paredes cortadas á pico; lo cual le ha valido el nombre que tiene. El cráter actual parece haberse formado por hundimiento, como el Etna, y no por solevacion, como el Vesubio. Probablemente en una conmocion general se habrá inclinado y hundido el terreno hácia el mar; mientras en la parte opuesta, el Picacho de la hornaza se elevaria á 2,600 metros, que es la elevacion de su punta culminante. Este movimiento de dislocacion fue, sin duda, efecto de la efervescencia de la lava en las entrañas de la tierra; cuyos gases, puestos en accion, pugnaron contra las sólidas paredes (llamémoslas asi) del terreno, como el vapor en su caldera. El cráter representa aquí el papel de una verdadera válvula de seguridad, suficiente para la corta estension de la isla. Esto explica el fenómeno de que, á pesar de su volcan, no haya experimentado nunca Borbon ningun terremoto serio.

El camino del Gran-Quemado, que atravesamos al galope de nuestros caballos, fue cortado por la lava en la erupcion de 1858. El rio de fuego, bajando hácia el mar, se habia dividido en tres brazos inmensos, que juntos median cerca de un kilómetro. Avanzaba majestuosamente, é invirtió algunos dias en llegar hasta el camino; cuyo desperfecto fué prontamente reparado, y las comunicaciones solo estuvie-

ron interrumpidas por breves dias. Los hábiles ingenieros que lo habian construido, no eran hombres para consentir que su obra quedase destruida. Este camino, construido sobre lavas movedizas, que hasta ellos se habia creído impracticable, es, sin disputa, una de las obras de arte mas notables de la colonia. Justo es agradecerlo, no solo á la ciencia, sino tambien á la acertada administracion de M. Hubert Delisle, gobernador en aquella época, por la parte que le pertenece en tan útil empresa.

Antes de salir del Gran-Quemado y de su suelo de lavas, de aspecto grotesco y caprichoso, miré por última vez hácia el volcan, que cerraba el horizonte á mi derecha. Una nube de humo se desprendia lentamente del cráter; y elevándose perpendicularmente en el aire, se detenía encima del *Picacho de la hornaza*, como un penacho gigantesco, que, por la noche, parece una columna de fuego. Asi habia yo observado al Vesubio desde Nápoles, cuando la erupcion de 1857. Pero el volcan de Borbon es mas pacífico, y sobre todo menos peligroso que su hermano el de Italia: verdad es, que se halla mas cercano al mar, y dirige hácia él invariablemente las materias en fusion que salen de su misterioso laboratorio.

Salí del Gran-Quemado por una cuesta bastante áspera, y desde allí hasta San Felipe, atravesé alternativamente campos cultivados, y espacios llenos de lava, la mayor parte muy antigua, y procedente de cráteres apagados hace siglos. Algunos son de origen mas moderno, y aun los hay casi recientes.

Desde San Felipe es desde donde se sube alguna vez al volcan, aunque tambien puede subirse desde San Benito y desde San Pedro. Los criollos no hacen nunca semejante escursion, y solo se la permiten los extranjeros. En mi calidad de viajero que ha visitado el Vesubio, los volcanes de los Alpes, y los de Méjico, *donde tiembla la tierra*, como dice la cancion, ardia en deseos de echar una mirada al cráter ardiente de Borbon. Pero esta esperanza, que alimentaba por espacio de dos meses, quedó fallida en el momento de ponerla en ejecucion; y seria demasiado largo para este lugar, el referir las causas de semejante contratiempo. Mi amigo M. Maillard, viajero infatigable é ingeniero colonial en la Reunion durante veinte y cinco años, fue mas afortunado que yo. «Nada, me dijo M. Maillard, basta á describir la grandiosidad del fenómeno que observamos cuando, despues de habernos echado de bruces asomando al borde del abismo solo la cabeza hasta los hombros, vimos en el fondo de un pozo de 150 metros de diámetro y de 2 á 300 de profundidad, una sábana negra, en uno de cuyos costados parecia removerse una enorme bola de materias en fusion. Era de color rojo claro, é imitaba perfectamente el hervor de un puchero. Cuando este hervor tomaba mas intensidad, la sábana negra

se hendia, ó mas bien entreabria sus filamentos, y la materia roja, comprimida por el peso de aquella capa, ó empujada por una fuerza interior, aparecía bajo la forma de un inmenso turbante, que tardaba poco en enfriarse, y en asimilarse á la superficie, que quedaba otra vez lisa y unida. A veces, de hendidura á hendidura se abrian otros boquetes, y si el polígono trazado de esta manera era pequeño, los turbantes de lava en fusion se reunian, y los pedazos desprendidos parecían sumergirse en la masa roja, que entonces aparecía por encima de la corteza negra. De la parte en ebullicion se desprendian vapores sulfurosos que habian teñido de amarillo las paredes del cráter en una estension de 30 á 40 metros. Estos vapores, impelidos por el viento, iban á perderse en la atmósfera, por el lado á que nosotros no habiamos podido llegar.»

A corta distancia de San Felipe, entré en el cuartel vecino, que, como todos los demás de la isla, está bautizado con un nombre piadoso. Tal es el de San José; y como el último no se halla aun muy extendido por aquel lado, las gentes del pueblo han inventado una industria muy ventajosa, para ganarse la vida; si bien está aun mas generalizada en San Felipe. Cortan en cintas las hojas del vacoa, y las trenzan para hacer sacos destinados á embarcar café y azúcar. Hombres, mujeres y niños se ocupan, á las puertas de las casas, en este trabajo poco penoso. Probablemente se admirarán nuestros lectores al saber que anualmente asciende en Borbon á 2.000.000 de francos, aproximadamente, el valor de estos sacos de vacoa. Tambien en la isla Mauricio hay un pueblo cuyos habitantes se entregan á la misma industria, y los sacos que fabrican son explotados por los ingleses hasta la costa de Natal, vecina de la colonia del Cabo. Los habitantes de aquel pueblo llaman alegremente á sus sacos *billetes de banco*, porque los cambian ventajosamente por dinero, y por artículos de consumo en todas las tiendas.

Llegué á San Pedro por la noche de un dia tan bien empleado; y al dia siguiente me dirigí al puerto á examinar las obras.

M. Maillard me enseñó sus canteras. Ante todo estuvimos en aquellas de donde se extraen á barreno bloques de algunos metros cúbicos, para arrojarlos al fondo del mar con el objeto de formar la base. Los muelles, que recorrimos despues, se van desenvolviendo ó avanzando poco á poco en las aguas, hasta formar un puerto cuadrilátero. El fondo del mar se limpia y profundiza por medio de dragas, las cuales deshacen los bancos submarinos de coral.

El puerto de San Pedro será el primero de la Reunion. Hasta ahora las costas quebradas, ó sin ningun abrigo, de la colonia borbonesa, solo ofrecen radas inhospitalarias, donde, en la estacion de las borras-

cas y corrientes de marea, no pueden permanecer ancladas las embarcaciones. Los huracanes, ó ciclones como allí se les llama, sobrevienen en el transcurso del verano ó invernadero, es decir, de noviembre á marzo. El barómetro anuncia generalmente su proximidad, por la súbita depresion de la columna de mercurio. Entonces tarda poco en soplar el viento con extraordinaria violencia, y llueve á torrentes. En tierra, arranca los árboles de cuajo, y se lleva los techos de las casas. En el mar, desgraciado del buque que se halle en la zona que recorre el furioso torbellino: perece infaliblemente.

Las corrientes de marea, que por lo regular vienen en la estacion de los huracanes, son fenómenos de otra naturaleza, y hasta ahora no se han explicado bien. El mar, apacible fuera, se hincha de pronto cerca de la costa, y se estrella en la playa con inusitado estrépito. El cascajo arrollado por las olas hace un ruido siniestro, que puede confundirse con el rugido del trueno. Al mismo tiempo se ve el cielo sereno, y no sopla el menor viento. Poco á poco se apaciguan las olas y el mar recobra su tranquilidad. En San Pedro, donde las corrientes de marea se distinguen mas que en parte ninguna por su violencia, causan á menudo daños de consideracion, y se han sufrido muchos principalmente en las obras del puerto. Mas de una vez han sido violentamente precipitados, desde el coronamiento de la escollera contra la cual se estrellan las olas, arietes irresistibles, bloques gigantes de mas de 20.000 kilogramos de peso. Otras veces se han visto demolidas y dispersas en el mar porciones enteras de la escollera. Este mal no ha dejado de producir su bien; y merced á él se ha formado una especie de escarpa natural mucho mas ancha en su base que la proyectada por los ingenieros, y tambien mucho mas sólida y mas al abrigo de las corrientes de marea.

A pesar de tantos enemigos conjurados en su daño, las obras del puerto de San Pedro adelantan; y ya los buques de cabotaje y los de larga navegacion, encuentran mejor abrigo que en tiempos pasados, contra los huracanes y la mar gruesa. La Reunion necesita á toda costa un puerto, y carencias para reparar las naves que la frecuentan ó vuelven de la India. Todo esto se hará en San Pedro, y tal vez tambien en San Pablo. No serán superfluos dos puertos, pues la isla de la Reunion es sin duda la mas hermosa de las colonias que quedan á Francia, y tambien la mas productiva. Cada año la visitan sobre cuatrocientos buques, casi todos franceses, y el valor de su comercio de importacion y esportacion se aproxima en la actualidad á 80.000.000 de francos. La metrópoli suministra á la colonia principalmente tejidos, vinos, licores, aceite, jabon, modas, todos los artículos llamados de París, y en fin, máquinas y moldes

para los ingenios de azúcar. Las colonias de la India envían arroz, telas azules ó guingas, tabaco y pescado salado. Terranova espide bacalaos, que, con el arroz, constituye el principal alimento de los negros

y de los indios inocentes. El bacalao podrido se emplea como abono en concurrencia con el guano, que se trae del Perú.

El comercio con el extranjero se verifica, sobre to-



Indios ajustados.—De fotografía.

do, con la India inglesa, la colonia del Cabo, la Australia, Mauricio y Madagascar. Las mercancías, objeto de este comercio, son trigos, legumbres secas, y otros granos, aceite de coco y carnes saladas. De Madagascar se sacan bueyes, carneros, cerdos, y mucha volatería.

En cambio de todos los productos que recibe, la isla de la Reunion espide, sobre todo, azúcar, que es su

principal producción. La fabricación es en la actualidad de unos 70.000,000 millones de kilogramos; sin contar sobre 2.000,000 de litros de aguardiente de caña, que casi en su totalidad se consumen en el país.

Después del azúcar viene el café, siempre muy renombrado por su excelente calidad, pero cuya exportación actual no escende de 200,000 kilogramos. Esta

cantidad es exactamente la décima parte de la que se producía antes de los grandes huracanes de 1829, y antes de que el cultivo, siempre creciente, de la caña de azúcar hubiese hecho arrancar casi todos los cafetales.

La producción del clavo de especia apenas llega hoy á 30,000 kilogramos, y la de la nuez moscada á 3,000. La del cacao solo basta para el consumo local, y la del algodón ha desaparecido. En otro tiempo era uno de los principales recursos de la colonia. El



El cazador de cabras.

algodón era, en efecto, indígena en la Reunion, y ciertas variedades de esta planta rendían pingües productos á San Pablo y San Leon. En cambio, el cultivo de la vainilla está, hace algunos años, en boga, y la exportación de cortezas secas se eleva hoy á la cifra de 10,000 kilogramos.

Como se ve, el azúcar es lo que forma el principal

elemento del comercio de exportación de la colonia; y de año en año va creciendo el cultivo de la caña. De desear es que no llegue un día en que los colonos tengan que arrepentirse de haber descuidado todo lo demás: café, especias, algodón y cacao, por la preciosa gramínea.